



SOCIALISMO Y ETICA

Reyes Mate

La ética y la ciencia parece que han firmado, últimamente, un pacto de no agresión, conscientes que son de una irreductibilidad del *sollen* (deber-ser) al *sein* (ser). Para Wittgenstein, por ejemplo, hechos y valores son irreconciliables: la moral es *aquello sobre lo que no se puede hablar*. Otro tanto viene a decir Kolakowski, que distingue entre actividades basadas en la regulación universal de la razón (ciencia) y actividades arbitrarias desde el punto de vista lógico, pero que se imponen a la acción humana por el mito y la tradición.

En este contexto un libro como el de Virgilio Zapatero, *Ética y socialismo**, viene a remover aguas profundas y bien se ve que el fondo no es transparente. Resulta que esta obra actualiza un importante debate en la historia del socialismo, donde se trató de compatibilizar Kant con Marx. Ahora bien, el corifeo de la irreductibilidad de la ética a la ciencia, incluso a la ciencia que dice ser el marxismo, es el filósofo de Königsberg, cuya sombra cubre las posturas de Wittgenstein o Kolakowski. Fue Kant, el filósofo de la Ilustración, quien afirmó que para el hombre adulto nada merece la pena si no se somete al tribunal superior de la razón crítica: la política, por supuesto, pero también la religión. Desde las exigencias de la razón práctica Kant concluirá a la heteronomía de la ética, a la incomunicación entre ética y razón. *La moral, dirá, no consiste en actuar conforme al deber (como si hubiera*

una justificación racional de la acción humana), sino por deber. Críticos posteriores han tratado de explicar que esta exasperación moralista de Kant tiene todos los visos de ser una construcción ideológica de la burguesía: si en el terreno económico el capitalismo burgués tiene por santo y seña una regulación mecanicista entre el interés particular y las necesidades de la colectividad (sin necesidad de que medie planificación alguna del Estado), ese principio capitalista queda reflejado en el terreno moral con el imperativo categórico que supone que lo que es bueno al individuo debe ser elevado a norma universal. Para Kant, sin embargo, el imperativo categórico que rechaza una legitimación racional de la acción moral es la única vía para una convivencia tolerante y pluralista.

El marxismo, por la mediación de Hegel, se encuentra en las antípodas de

Kant. Hegel quiere conciliar el *sein* con el *sollen*, la razón con la moral. Hegel reconoce, sin embargo, que la razón no puede crear las reglas morales, ya que todos los contenidos de la razón son productos históricos, y que las reglas morales deben tener un valor absoluto, por encima del tiempo y del espacio. Y sólo el *Weltgeist* es absoluto. Pero lo que sí puede hacer el hombre concreto es tomar conciencia del momento histórico y su ubicación en la marcha de la historia. La moral viene entonces a ser como la *expresión* de ese momento histórico. Moral y verdad quedan así indisociablemente unidas como la cara práctica y teórica del proceso histórico.

Este planteamiento es asumido por Marx. Como es sabido, ese proceso histórico es para Marx la lucha del proletariado por la emancipación de la humanidad. Por consiguiente, será *verdad* la teoría que refleje correctamente esa lucha; la *verdad* es la expresión del proceso social emancipador y no el producto de una ciencia abstracta. Y será *bueno*, y por tanto *moral*, lo que lleve adelante ese proceso social emancipador que protagoniza el proletariado. Moral y política no se diferencian objetivamente sino que representan el doble rostro de la realidad.

Este planteamiento de la moral entendido como voluntad de llevar adelante el proceso histórico en función de las necesidades del proletariado, o de quien le represente, significó de hecho una disolución de la moral en la política. Kautsky da un paso más al explicar el proceso emancipador de la humanidad como la lectura darwi-

nista de la naturaleza, preñada de materialismo histórico: la moral es un apéndice de la ciencia materialista.

Contra esta interpretación se rebelan los neokantianos a los que se refiere Virgilio Zapatero, unos que miraban con el rabillo del ojo al socialismo, como Cohen, y otros que se decían socialistas, como Vorländer. Como buenos kantianos tratan de recuperar la tradición ilustrada de la filosofía que había dado carpetazo a los planteamientos abstractos de la metafísica tradicional, abogando por una interpretación práctica de la filosofía, esto es, por un entendimiento de la filosofía como teoría política y social. Si el marxismo es política, se preguntaban, ¿de dónde saca los juicios de valor que necesariamente acompaña a la acción política? Y se lo preguntaba a un marxismo endurecido doctrinalmente, que ponía en un carácter científico lo que era propio de una filosofía de la historia. No dudaban que el marxismo fuera ciencia —ciencia darwinista de la sociedad, como querían los ortodoxos— pero también afirmaban que la ética era una ciencia —ciencia de la acción política—, y que entre ambas debía darse una complementariedad para hacer posible el socialismo.

En el debate interviene Kautsky para quien el hombre, ni como ser pensante, ni como ser moral, es esencialmente distinto del animal. Para mantener la cohesión del grupo animal, para superar los conflictos surgen en todos los organismos ciertos impulsos, como la entrega al grupo, la lealtad, la disciplina y el amor. «La ley moral no es sino el impulso social, por lo que no

es nuestra facultad cognoscitiva, sino de nuestra vida instintiva de donde surge, junto a la ley moral, el juicio moral, al tiempo que el sentimiento del deber y la conciencia.» La moral queda subsumida en la ciencia; por eso para el marxismo, piensa Kautsky, no hay ideales que cumplir, sino objetivos que alcanzar.

La respuesta de Kautsky permite a Bernstein terciar en la discusión, perfilando la postura de los marxistas kantianizados. Para el jefe de fila del revisionismo si como dice Kautsky, el movimiento de la materia es el que determina la validez de las ideas y direcciones de la voluntad, resulta entonces que «el materialista se convierte en un calvinista sin Dios». Nada de eso, replica Bernstein. El socialismo es teoría y praxis; en cuanto praxis, es decir, en cuanto movimiento y lucha de la clase trabajadora, no es ciencia ni lo puede ser, pues no puede prescindir de los juicios de valor que son los que mueven a las masas. El marxismo no tiene, por tanto, por qué complementarse con la ciencia ética, sino que el impulso ético funcione a modo de ideología de la política marxista. Pero la vuelta a Kant que practican los kantianos marxistizados y los marxistas kantianizados no satisface a los austrohúngaros. Su vuelta a Kant no es para «unirlo eclécticamente, como hacían los revisionistas, con el marxismo, sino precisamente para defender, con el apoyo de la crítica kantiana del conocimiento, la concepción marxista de la historia contra toda adulteración revisionista, y deslindar así el marxismo de la fundamentación ética del socialismo». Para los austrohúngaros la

ética de los impulsos sociales, a los que queda reducida la ética de Kautsky, no vale porque los muy tales «son unos hechos pero no unos valores». Pero tampoco están de acuerdo con los neokantismos de los Vorländer ni de los Bernstein, empeñados en colocar a la ética fuera del marxismo como su complemento científico o su suplemento ideológico. Los austrohúngaros no quieren salirse del cuadro marxista entendido como ciencia, pero ciencia social que tiene por objeto los fenómenos que en ella se desenvuelven. Dice Adler: «el socialismo es, según Marx, un fenómeno social y, como tal, un fenómeno de la naturaleza. por supuesto que no de la naturaleza física, sino de la social. Pero esto significa que, precisamente en cuanto fenómeno de la naturaleza, no puede ser considerado más que como cualquier otro fenómeno natural: esto es, como puro hecho y no como valor... el marxismo quiere ser ciertamente ciencia social».

Para los marxistas austrohúngaros las ideas normales son parte de la realidad social. En efecto, el hombre cuando actúa, actúa por valores morales: ése es el hecho que el marxismo tiene que reconocer. Pero no tiene por qué entrar en la interpretación kantiana que explica esa realidad ética en términos de imperativo categórico, le basta nombrar la existencia de la cualidad como una realidad social.

La tranquilidad con que los austrohúngaros creen resolver la relación entre marxismo y ética se apoya en el supuesto de que existe convergencia entre los objetivos de la voluntad y del socialis-

mo: «el proceso histórico tiene que conducir necesariamente a los objetivos que la ética considera fundamentales, porque el factor causal histórico más importante es precisamente la voluntad humana determinada en una dirección». El que la acción política lleve consigo el ejercicio de la voluntad, no significa, sin embargo, que el objetivo del imperativo categórico coincida con la finalidad socialista. Ya apuntábamos, en el caso de Marx y Hegel, cómo ahí se niega a la ética cualquier autonomía y función crítica respecto a la política.

Por eso Lukacs, otro filósofo marxista preocupado por los problemas éticos, abandona el terreno del neokantismo, propugnando no la vuelta a Kant, sino a Hegel. Entonces la ética se disuelve en táctica: el agente político no tiene que buscar la moralidad de su acción en el hecho concreto, sino en el servicio que presta a la causa. En tiempos como los nuestros de terrorismos, golpismos, fanatismos y otros irracionalismos, parece evidente que la ética lukacsiana, pensada en función del pathos revolucionario, puede conducir a oscuros callejones donde la soñada emancipación de la humanidad quede brutalmente apuñalada. Pero tampoco hay que perder de vista que cada vez más la política, aduciendo razones de estado y altas complejidades tecnológicas, anda esquivando los imperativos éticos y otras exigencias morales. El debate entre la ética y el socialismo no ha hecho más que empezar. Y la recopilación de textos que ofrece Virgilio Zapatero, bien precedidos de una fundada introducción al tema, constituyen un

válido y sugestivo punto de arranque.

* *Socialismo y ética. Textos para un debate.* VIRGILIO ZAPATERO, Editorial Pluma y Debate. Colombia-Madrid, 1980.

DESPUES DEL SOCIALISMO

Felip Lorda

Una traducción libre, mas no por ello menos exacta, del título del libro de Alain Touraine¹, es *el socialismo que se sobrevive a sí mismo*, con toda la carga de descalificación que la frase implica. Por cierto, que en el mismo año de 1980 otro gran observador y analista de la vida social, André Gorz, subtitulaba su ensayo *Adieux au prolétariat*² con una frase, *Au delà du socialisme*, que viene a decir lo mismo: algo así como la supervivencia escatológica, ultraterrena o ultrahistórica del socialismo, o sea, el socialismo ya sólo pertenece a las desvanecidas efemérides de la historia³.

En el caso de Touraine, que va a ser objeto de nuestra especial atención, nos confirma esta interpretación la lectura de su texto del cual se infiere, en efecto, que, aún expurgando la palabra socialismo de todas las adherencias que ha ido acumulando desde que se utilizó por primera vez en el siglo XIX y que la han convertido en vehículo de una acepción ambigua, cuando no contradictoria; aún ajustando la acepción al concep-